EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

POR EL BALCON,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ENRIQUE PRIETO.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á tiempo	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mit.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»

POR EL BALCON.

POR EL BALCON,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ENRIQUE PRIETO.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de VARIEDADES la noche del 4 de Noviembre de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA ARNAIZ..................	SRA. GARCÍA (Mercedes).
AMABLE FIGUEROA.............	SR. VALLÉS (José).
DON BRUNO....................	SR. RUIZ (Julio).

La accion en Madrid, en casa de D. Bruno.
Época atual, 1878.

Á D. JOSÉ CÁRLES CHIVRO.

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Gabinete cerrado muy elegante y reducido. Balcon practicable al foro con cristales. Puerta en segundo término izquierda y otra segundo derecha. En primer término izquierda, chimenea con espejo y candelabros: en primero derecha, un piano. Sofá á la derecha; un velador en el centro con servicio de té y maquinilla de lo mismo. Una butaca á la izquierda. Al foro un buró de señora, y á la izquierda una mesa-tocador. Portiers y alfombra.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, de baile, con abrigo puesto. D. BRUNO, con paraguas, de frac y un gaban. D. Bruno con una luz.

BRUNO. Gracias al cielo! Creí que no llegábamos en toda la noche. Condenado baile y condenada lluvia!... sin encontrar un coche por un ojo de la cara. ¿Cómo te encuentras, Adela?

ADELA. (Que se habrá sentado en la butaca, al lado de la chimenea.) Lo mismo.

BRUNO. Por qué no tomas una tacita de té? Mira, hecho lo tienes desde esta tarde, y con calentarlo... (Enciende la maquinilla.)

ADELA. Bueno. Ademas, que descansando un poco, acaso me aliviaré.

BRUNO. Si hacía un calor en ese Teatro Real. Tanta gente!... No estará descontenta la Sociedad de Escritores. Y qué lujo!... has visto? Eso, eso se llama un baile. En fin, te dejo para que descanses un rato, porque ya sabes que á las siete y media sale el tren y no debemos descuidarnos. Son las cuatro; de manera que nos quedan tres horas únicamente. Ademas, el novio y los testigos nos esperan y no es cosa de hacerlos aguardar.

ADELA. ¿Y por qué es esa manía de que nos casemos en Aranjuez?

BRUNO. Porque Aranjuez ha sido mi cuna; quiero decir, mi país natal. En Aranjuez me he casado yo tres veces y en él te casarás tú por segunda vez, y espero que no será la última, porque los matrimonios en mi familia se suceden con una celeridad asombrosa.

ADELA. Y ridículamente muchas veces.

BRUNO. Ridículamente; no lo niego; algunos ha habido de ese género... Quiero decir... Ah! pero no todos. Já! já!... Cuando pienso en mi segunda mujer... Ese, ese sí que fué un matrimonio... Figúrate, sobrina...

ADELA. Sé de memoria lo que me va usted á contar, querido tio. Conque si usted quiere...

BRUNO. ¿Puedo evitarte la molestia de volverlo á oir, no es eso? Corriente, ya me callo. Pero convengamos ante todo, querida sobrina, en que tu primer matrimonio no ha pertenecido nunca al género ridículo, y si hoy estás viuda... (Adela va á hablar y D. Bruno prosigue.) No me interrumpas, concluyo en seguida.—Y si hoy estás viuda, es... porque tu esposo no existe... quiero decir, que tú fuiste quien le mató... Quiero decir, quien...

ADELA. Le suplico á usted, querido tio, que no volvamos á hablar de eso.

BRUNO. Pero muchacha, qué es lo que te pasa? Estás triste, mal humorada, quiero decir, de mal humor. ¿Acaso no te gusta el esposo que te hemos destinado? Pues hombre, yo creo que el señor de Bandolina no es un ente despreciable... quiero decir... un...

ADELA. Sí, muy bonito!

BRUNO. No, tanto como bonito, eso no... ya sé yo que es feo; pero un feo con gracia.

ADELA. Y siempre durmiéndose...

BRUNO. Pues eso tiene buen remedio. Si estando á tu lado se duerme, tú le sacudes; quiero decir, le despiertas y en paz.

ADELA. Desengáñese usted, tio, el marido que me ha elegido usted es una *marmota*.

BRUNO. Entónces no debes quejarte; porque segun dice Buffon, esos animales duermen de un tiron los seis meses primeros del año y eso te asegura un buen semestre.

ADELA. Sus maneras son tan extravagantes, su conversacion tan insípida que le hacen ser un ente inútil en sociedad... un cero á la izquierda.

BRUNO. Colócale siempre á la derecha y valdrá diez.

ADELA. En una palabra, que no es un hombre...

BRUNO. Pues ya ves, la señora de Membrillo me le ha recomendado... quiero decir... Mira, esta tarde sin ir más lejos, desde mi balcon,—quiero decir,—desde el suyo; porque como su balcon y el nuestro están unidos... Quiero decir, que es un balcon corrido...

ADELA. Por desgracia.

BRUNO. Qué?

ADELA. Nada.

BRUNO. Pues bien: esta tarde me decía...

ADELA. Pero ¿por qué la señora de Membrillo tiene ese empeño en casar á Bandolina?

BRUNO. Por ocuparse de algo. Como por lo regular siempre está sola, porque su marido no se ócupa sino de su jardin de Carabanchel y allí se pasa los dias enteros...

ADELA. Qué diferencia de Bandolina al jóven de que me hablaba usted el otro dia.

BRUNO. Ah! Don Amable Figueroa: el que me recomendó mi amigo Sotillo? Acaso le has visto?

ADELA. No, pero sé que es un hombre de talento, elegante y finísimo; periodista en fin.

BRUNO. Esa no es una razon. Quiero decir, que... porque segun la señora de Membrillo...

ADELA. Cómo?

BRUNO. Ella ha sido la que me lo ha quitado de la cabeza, recomendándome eficazmente á Bandolina. Esto no quita para que despues que enviudes vuelvas á unirte con el señor Figueroa... Quiero decir...

ADELA. Tio!

BRUNO. En fin, buenas noches, sobrina. Acuéstate y está dispuesta para cuando yo te llame... Ah! *La Correspondencia*... de esta noche... Yo voy á echarme vestido, de modo que ya ves lo que dormiré... Vaya, hasta luégo, Adela.

ADELA. Buenas noches, tio. (D. Bruno enciende una luz que habrá sobre la chimenea y se va por la segunda puerta izquierda cerrándola tras sí.)

ESCENA II.

ADELA, sola.

Eso es! Ahora, por haber despedido mi tio á Luisa, no tengo quien me ayude á desnudar. ¡Qué rarezas tiene el buen señor! Siempre con sus matrimonios sucesivos. Indudablemente tiene algo de Barba-Azul, y es natural; toda su vida empleado en la seccion de defunciones... ¿qué ha de suceder? Amable Figueroa!... Es un bonito nombre el de ese jóven. Eh? Qué es esto? Ah! *La Moda Elegante.* Este periódico trae precisamente unos versos preciosos «Al amor,» escritos por él. Pero, Dios mio, ¿será posible que yo me case con ese ente raro y estrafalario?... Qué remedio!... Mi tio ha dado su palabra; yo he accedido tambien á darle mi mano y ya es imposible retroceder. Lo que no comprendo es por qué la señora de Membrillo demuestra ese interés. ¿Qué razones puede tener para decir que ese Amable no me conviene? (Se oye llover y ruido al mismo tiempo en la calle como si cerrasen un balcon.) Eh? qué es eso? Se

habrá levantado viento... Ah! el balcon abierto y la lluvia... Vaya un aguacero! Cerraré, porque si no... (Adela se dirige á cerrar el balcon poniéndose el abrigo. Amable, en mangas de camisa, con la levita al brazo y el sombrero de copa puesto, aparece en el balcon, al mismo tiempo. Adela se asusta y corre á refugiarse detrás de la butaca al lado de la chimenea.)

ESCENA III.

ADELA y AMABLE.

ADELA. Ay! Ladrones!

AMABLE. Por piedad, señora!... no grite usted ó me pierde!...

ADELA. Pero...

AMABLE. Ha habido escalamiento, es verdad, pero no fractura.

ADELA. Como hay tantos rateros!...

AMABLE. Juro á usted que nunca he ejercido esa industria: pico más alto.

ADELA. Acaso un ladron...

AMABLE. Tranquilícese usted. Mi buena fortuna me pone al abrigo de esas suposiciones, por más que ahora la casualidad me ha hecho pasar por lo que en realidad no soy. No he tenido más tiempo que para salir por un balcon, entrar por otro y la condenada lluvia... (Corre al balcon, mira y cierra las vidrieras y las puertas.)

ADELA. Qué es esto!

AMABLE. No... no me persiguen. Gracias á Dios! (Cae sentado en el sofá colocado á la derecha. Coge el abanibo que Adela dejó en el velador y se abanica.)

ADELA. Pero caballero, ¿qué es lo que hace usted?

AMABLE. Ya le ve usted: me abanico, señora. La precipitacion con que he saltado... El temor... Estoy sudando lo mismo que un pollo!

ADELA. Repare usted que ese modo de presentarse, no es...

AMABLE. Yo estoy lo mismo; no le dé á usted cuidado.

ADELA. Caballero!

AMABLE. Eh? ¡Cómo! Usted?... esta casa... mi... Já! já! já! Señora, dispénseme usted... Soy lo más aturdido!.... Así, en media *toiletee*... (Se levanta.) Tenga usted la bondad de concederme unos minutos. (Amable se dirige á la chimenea.)

ADELA. Eh? Qué es lo que va á hacer?

AMABLE. Ruego á usted, señora, que se tranquilice. Ya habrá usted conocido por mis maneras, que no soy un proletario, nada de eso. Soy de la buena sociedad; y si ahora insisto en reparar el desórden de mi traje, es para que el portero me abra la puerta de la calle sin tener que ruborizarse. Porque supongo, señora, que usted no permitirá que salga de su casa persona alguna en este estado; mucho más á una hora tan avanzada.

ADELA. Oh! eso no!

AMABLE. Entónces, señora, contando con su permiso, voy á hacer mi *toiletee*.

ADELA. (Me gusta la franqueza!)

AMABLE. Usted toca el piano, señora? (Delante del espejo de la chimenea, arreglándose el pelo.)

ADELA. Sí señor: ¿por qué es la pregunta?

AMABLE. Porque podría usted distraerse tocando cualquier monería, en tanto que yo termino.

ADELA. Á las cinco de la mañana!

AMABLE. Ah! sí, es verdad. Podrían quejarse los vecinos. Sí, sí. Hágase usted cuenta que no he dicho nada.

ADELA. (Pues señor, vaya una rara aventura! La víspera, ó más bien el dia de mi matrimonio, recibir una visita de esta especie. Felizmente parece un jóven fino y comedido.) ¿Aún no termina usted, caballero?

AMABLE. Si usted supiera los cuidados meticulosos que necesita una corbata! ¿Me hace usted el obsequio de un alfiler? Ah! no, gracias; aquí veo un acerico.

ADELA. (Y pensar que hay mujeres que en ausencia de sus maridos... Yo al ménos, á pesar mio... Si no fuera tan tarde le había de hacer hablar, para saber...) Pero caballero...

AMABLE. Un segundo nada más, un segundo y termino. En seguida puede usted echarme á la calle.

ADELA. Creo inútil encargar á usted que la aventura de esta noche...

AMABLE. Puede usted contar con mi discrecion. Yo no comprometo ó las mujeres sino cuando ellas lo desean.

ADELA. Muchas gracias.

AMABLE. Ya estoy.

ADELA. En ese caso, caballero...

AMABLE. Permita usted, señora, que ántes le ofrezca mis respetos, pues hasta ahora ignora usted quién soy, y como mi presentacion ha sido tan intempestiva... (Llaman á la puerta de la izquierda.)

ADELA. Dios mio!

AMABLE. (Otro? Pues señor, esta noche se dan maridos!)

ESCENA IV.

DICHOS y D. BRUNO, dentro.

BRUNO. Adela, Adelita!

ADELA. Silencio por Dios, caballero! Qué quiere usted, tio!

BRUNO. (Dentro.) Acabo de leer en *La Correspondencia* que anoche se ha cometido en esta calle un robo de bastante consideracion. Enciérrate por dentro.

ADELA. Sí, tio, sí.

BRUNO. Mira, para mayor seguridad, yo cerraré por fuera! (Se oye echar la llave.)

ADELA. Dios mio!

AMABLE. Ha echado la llave!

BRUNO. Si necesitas algo, llámame. Buenas noches, sobrina. (Siempre dentro.)

ESCENA V.

ADELA y AMABLE.

ADELA. Y se va! Oh, no! Imposible! Tio!

AMABLE. En nombre del cielo, señora, no llame usted. Sería precisa una explicacion por mi parte; y como en ella va el honor de una mujer,..

ADELA. ¿Y el mio, caballero?

AMABLE. Entónces serán dos honores. Ya ve usted que eso exige doble precaucion.

ADELA. Pero, caballero, usted no puede quedarse aquí.

AMABLE. Bien; hágame usted salir por cualquier parte; por un postigo, por un tragaluz, por el agujero de la cerradura, si es posible... yo no me opongo; espero humildemente sus órdenes.

ADELA. Salir, salir... ¡y por dónde, si la única puerta que da á la calle es esa y mi tio acaba de cerrarla?

AMABLE. Entónces, señora, (Se sienta.) esperemos al dia, que ya no puede tardar, y hablemos tranquilamente, hasta que las burras de leche interrumpan nuestra conversacion.

ADELA. Dios mio! Esta aventura, precisamente el dia en que debe celebrarse mi matrimonio!...

AMABLE. Cómo! Va usted á casarse? Entónces celebro en el alma que mi marido haya llegado esta noche.

ADELA. Su marido de usted?

AMABLE. No el mio, sino el de... Lo repito; celebro esta casualidad, porque si hubiera tenido que esperar á mañana para entrar aquí, figúrese usted si era imprudencia.

ADELA. Caballero! (Sentándose.)

AMABLE. Y á qué hora va usted al terreno? Quiero decir, á la iglesia.

ADELA. Á las siete y media.

AMABLE. Pues bien, señora, una hora ántes, para que usted pueda arreglarse el vestido, yo me ocultaré bajo un mueble cualquiera; una mesa, una silla será bastante, porque me haré tan pequeñito, tan pequeñito...

ADELA. Pero entre tanto...

AMABLE. Entre tanto, haré á usted una visita de duelo... ó le contaré á usted alguna historieta. Ante todo, permítame usted que me presente en toda regla. (Se levanta, se pone los guantes, sube al foro y dice bajando.) Amable Fi-

gueroa, literato.

ADELA. Cómo! Usted es?...

AMABLE. Amable. El más amable de la tierra. Al ménos así me lo dice todo el mundo. Vivo de mis rentas más que de mi pluma y frecuento el gran mundo. Quiere usted que hablemos de modas? de teatros? del matrimonio?... Oh! sí; hablemos del matrimonio: será más de circunstancias, y desde luégo podemos sentar este axioma: Hombre ó mujer no debe casarse.

ADELA. Y por qué?

AMABLE. Cómo! Es usted jóven, linda, rica, segun lo demuestra ese traje y esta casa. Quizás viuda, segun lo demuestra...

ADELA. Precisamente. (Vivamente.)

AMABLE. Y quiere usted volver á empezar!... Señora, la viudez es el tercer entorchado de la mujer, el apojeo de la gloria. ¿Dónde hay posicion más halagüeña?

ADELA. Sin embargo, un marido...

AMABLE. Un marido, un marido... ¿De qué sirve un marido? Hasta la misma mujer, una vez casada, para qué sirve? (Distraido echa té en una taza.)

ADELA. Quiere usted que yo le sirva? (Echándole azúcar.)

AMABLE. Por qué no?—Mientras que una viuda... Basta, no me gusta tan azucarado... Ni tan frio, señora. (Despues de haber bebido, dejando la taza.)

ADELA. Ay! Tiene usted razon, caballero... Me olvidé de advertírselo.

AMABLE. Así estaba el té que esta noche me han servido en el baile del Teatro Real.

ADELA. Y usted nunca ha pensado en casarse?

AMABLE. Oh! muchas veces!

ADELA. Entónces...

AMABLE. Pero me he arrepentido muchas más. Hace poco, sin ir más lejos, un íntimo amigo mio, un tal Sotillo, que tiene la manía de querer casar á todo el mundo, y él es un soltero recalcitrante, me propuso á la encantadora viudita de Urquijo. Una mujer celestial, segun él,

porque yo no la conozco.

ADELA. De Urquijo?

AMABLE. Qué, la conoce usted?

ADELA. Yo no.—Continúe usted.

AMABLE. Habló de mí á la familia de la *ninfa*... la cual me aceptó por su sola recomendacion. En una palabra: Iba ya á comprometerme de una manera definitiva... cuando por fortuna una mujer, á quien jamás tuteo delante del marido, vino en mi socorro. Por casualidad tenía á mano un tipito. Le armó de punta en blanco y le lanzó sobre la viudita, con la cual se casa uno de estos dias.

ADELA. Ya veo que no olvida usted de la historia ni el más leve detalle.

AMABLE. Nada, excepto los nombres...

ADELA. Que yo voy á decir.

AMABLE. Usted?

ADELA. Yo, sí señor. El *tipito* se llama Isidoro Bandolina. La mujer á quien usted trata con tal intimidad en ausencia del marido, es la señora de Membrillo... Y... la *ninfa*, como usted dice, yo. Esos son los tres personajes de su historia.

AMABLE. (Diablo!) Conque usted es...

ADELA. Adela Arnaiz, viuda de Urquijo. Já! já! já! El encuentro ha sido chistoso, ¿no es verdad? Já! já! já!

AMABLE. En efecto, ha sido... Oh! pero no lo siento, no señora, nada de eso... Porque de ese modo puedo presentar á usted mis excusas... y si yo hubiera conocido á usted ántes, cómo era posible?... Digo! un talle tan diminuto y una mano... (Quiere cogerla la mano y Adela la retira.)

ADELA. Caballero! (Llaman á la puerta izquierda.)

LOS DOS. Qué?

ADELA. Silencio!

AMABLE. Otra vez?

ESCENA VI.

DICHOS, D. BRUNO, dentro.

BRUNO. (Dentro.) Adela!
ADELA. Qué quiere usted, querido tio?
AMABLE. Este tio debe ser sonámbulo.
BRUNO. (Id.) Aún no te has acostado?
ADELA. Sí, tio.
BRUNO. Como por la cerradura veo luz en tu cuarto. (Id.)
ADELA. Es que estoy leyendo.
BBUNO. (Id.) Eso es! Para pegar fuego á las cortinas y que se incendie la casa. Magnífico!
AMABLE. (Excelente idea!)
BRUNO. (Id.) Si no apagas en seguida, entro y yo mismo...
ADELA. Dios mio!
AMABLE. Nada tema usted. (Va á la chimenea y apaga la luz.)
ADELA. Qué ha hecho usted?
AMABLE. Complacer al tio.
BRUNO. (Id.) Ajajá! Hasta luégo, sobrina.

ESCENA VII.

ADELA y AMABLE.

Adela se queda á la derecha junto al sofá y Amable á la izquierda.

ADELA. Pero caballero, esta situacion es insostenible!
AMABLE. Pues yo ya me voy acostumbrando. (Tropieza con el sillon.) Canario!
ADELA. Caballero, no puede usted permanecer aquí ni un momento más.
AMABLE. Pero por dónde quiere usted que salga?
ADELA. Qué sé yo! Por el balcon, puesto que no hay otro remedio!
AMABLE. Por el... No puede ser, señora. Está lloviendo, hace mucho frio, y como yo soy tan propenso á constipados... Ademas, puede verme bajar el sereno y con el chuzo... En fin, señora, que yo no soy moro.

ADELA. Pero cómo seguir así?

AMABLE. Nada tema usted. La oscuridad no acorta las distancias y yo soy lo mismo á oscuras que sin luz; digo, que con luz.

ADELA. Sí, mas...

AMABLE. Para dar á usted una prueba de mi caballerosidad, voy á colocarme á un extremo de la habitacion. ¡Uf!.. (Amable pasa de izquierda á derecha y al llegar al velador tropieza en él y tira la taza del té. Adela por detrás ha pasado al lado de la chimenea.)

ADELA. Qué ha hecho usted?

AMABLE. Romper algo; pero eso no significa nada, señora.

ADELA. Sin duda mi servicio de té.

AMABLE. Sí, creo que sí. Pero afortunadamente ya nada contenía.

ADELA. Dios mio! Y era un regalo de mi marido!

AMABLE. Yo le reemplazaré, señora; no á su marido, sino el servicio. Tengo la costumbre de pagar todo lo que rompo. (Pasa al lado del sofá.) Vaya, ya estoy en mi puesto. Confiese usted, señora, que no hay medio de pasar más agradablemente la noche. (Amable se sienta en el sofá y Adela en la butaca al lado de la chimenea.)

ADELA. Calle usted. No quiero ni que me hable siquiera.

AMABLE. Ah! ¿No quiere usted que... Está bien; hablaré yo solo... Sí, Figueroa; amigo Figueroa, soy de la misma opinion. La señora de Urquijo es adorable, deliciosa!

ADELA. (Y es muy galante!)

AMABLE. Enloquecedora. Un conjunto de hechizos y atractivos!...

ADELA. Muchas gracias!

AMABLE. No, si no hablo con usted. Hablo conmigo mismo.

ADELA. Y cómo sigue la señora de Membrillo?

AMABLE. (Hola! Echa leña al fuego!) Muy bien, si no fuera por los ataques de jaqueca que sufre constantemente.

ADELA. Y usted que tanto la quiere, al verla padecer de ese modo...

AMABLE. No; permita usted que la haga una observacion. Hoy

por hoy no me une lazo alguno á esa mujer. La amé algo, nada más que algo, es cierto, pero todo ha terminado. Y si esta noche he ido á buscarla al baile y luégo á su casa, ha sido con el fin únicamente de que me devolviera mis cartas. En esto estábamos cuando llamaron á la puerta. «Ese es mi marido que vuelve de Carabanchel,»—dice ella,—«ocúltese usted.»—«Dónde?»—añado yo.—«En el balcon, no hay otro sitio.» Y... efectivamente, me encierra en el balcon... En el mismo momento empieza á llover á cántaros: me quito el frac para que el agua no lo estropee; tiendo la vista á mi derecha y veo brillar cerca de mí un faro salvador. Es un balcon abierto!—exclamo,—oh fortuna!... Aquí me meto, que llueve:—y en efecto; entré y me encontré en este paraiso, en este eden, del que jamás quisiera salir.—¿No opina usted lo mismo?

ADELA. Caballero, ahora no se trata de mí.

AMABLE. ¿Pues de quién quiere usted que hable cuando estoy á su lado... (Amable se levanta y empieza á dar la vuelta por detrás del sofá. Adela lo nota, y por delante da otra vuelta.) Cuando su hermosura brilla en las tinieblas como un faro luminoso! Cuando...

ADELA. Me parece, caballero, que su voz se va aproximando.

AMABLE. Es que la he levantado un poco más para que me oiga usted mejor.

ADELA. Ha abandonado usted su sitio y eso no es lo convenido.

AMABLE. Le juro á usted que no volveré á romper nada. (Tropieza con el velador.)

ADELA. Pero caballero, qué pretende usted?

AMABLE. Amarla!... Adorarla eternamente... ser su esclavo. (Adela ha subido al foro y Amable detrás. Al cogerla la mano, Adela abre el balcon por el que entra la luz del dia.)

ADELA. Ah!

AMABLE. Eh? Qué es eso! Quién viene?

ADELA. La luz del dia, caballero.

AMABLE. Y esa señora, á qué se mete en lo que no le importa? (Se oyen las siete en un reló de torre.)

ADELA. Dios mio! Las siete!
AMABLE. No haga usted caso; ese reloj adelanta.
ADELA. Las siete!... á las siete y media debemos partir y...
AMABLE. Y qué?
ADELA. Que no estoy vestida, y delante de usted...
AMABLE. Y por qué no? Yo entiendo algo de trajes y seré su *doncello*.
ADELA. Caballero, no admito bromas de ese género.
AMABLE. No es broma, señora. Se lo digo á usted de veras!
ADELA. Hombre, de qué buena gana le tiraba á usted por el balcon...
AMABLE. Á que no! (Acercándose á ella y mirándola fijamente.)
ADELA. Já! já! já! Qué cara más estúpida pone usted!
AMABLE. Estúpida?
BRUNO. (Dentro.) Adela, sobrina!
ADELA. Mi tio!
AMABLE. Qué hombre más pesado!
BRUNO. (Id.) Que ya han dado las siete. Puedo entrar?
ADELA. Todavía no. Espere usted un poco. Por favor, caballero; escóndase usted. Si mi tio le encuentra aquí... ¿qué es lo que va á pensar!
AMABLE. Pero señora, ¿dónde quiere usted que me oculte? Si hubiera algun armario...
BRUNO. (Id.) Sobrina!
AMABLE. Ah! En esta habitacion. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
ADELA. Ah! no. Esa es mi alcoba. Aquí, en el balcon.
AMABLE. Señora, con el frio que hace?
BRUNO. (Id.) Muchacha! (Se oye abrir la puerta izquierda.)
ADELA. Que está abriendo la puerta!
AMABLE. En fin, me sacrifico por su amor. (Entra en el balcon y Adela cierra los cristales y corre las cortinas.)

ESCENA VIII.

ADELA, D. BRUNO y AMABLE, en el balcon.

BRUNO. Puedo ya entrar?

AMABLE. Sí, tio. (Adela se quita el abrigo.)
BRUNO. Pero cómo? Aún estás sin vestir? Quiero decir...
ADELA. En un instante me arreglo, pero estando usted delante...
BRUNO. Ántes, concédeme dos minutos. Es el único momento en que puedo estar sólo contigo, y mi mision no terminaría dignamente, sí—aunque viuda—no te diese ciertos consejos de madre que exigen las circunstancias.
ADELA. (Y ese hombre!...)
BRUNO. Mi querida sobrina, hoy es para tí un gran dia.
AMABLE. Achist! (En el balcon.)
ADELA. (Torpe!)
BRUNO. Dios te ayude!
ADELA. Gracias, tio!
BRUNO. Prosigo. Mi querida sobrina, hoy es...
ADELA. Tio, que es tarde.
BRUNO. Concluyo en seguida. Mi querida sobrina, Dios te ayude... Quiero decir, hoy es el dia...
AMABLE. Achist!
ADELA. (Ah!)
BRUNO. (Se queda mirando fijamente á Adela, y mira despues por toda la escena.) Adela, esta vez no has sido tú.
ADELA. Y qué, tio?
BRUNO. El balcon ha estornudado. Quiero decir que en el balcon hay gente.
ADELA. Bah!
BRUNO. No me cabe la menor duda; y para cerciorarme... (Se dirige D. Bruno al balcon, corre las cortinas, y al abrir el balcon, vuelve á estornudar. D. Bruno, asustado, retrocede.)
AMABLE. Achist!
BRUNO. Jesús! Un hombre! Ladrones! Socorro!
AMABLE. Caballero, yo no soy ladron.
BRUNO. Que no es usted!... Entónces qué es lo que hacía usted ahí?
AMABLE. Estaba... buscando fresas.
BRUNO. Ahora no es la estacion de fresas!
AMABLE. Por eso sin duda no las he encontrado y voy con su

permiso. (Va á marcharse por la segunda puerta izquierda y D. Bruno se pone delante para no dejarle pasar.)

BRUNO. No me engaña usted. Usted es un ladron, un ratero!... ¿Te ha robado algo, sobrina?

AMABLE. Repito á usted que no soy ladron. Yo me llamo Amable Figueroa y soy periodista.

BRUNO. Que usted es Amable? No puede ser... Quiero decir...

AMABLE. Mi amigo Sotillo, que tambien lo es de usted, le dirá si soy ó no soy Amable Figueroa.

BRUNO. Será así; pero lo que no me explico... es...

AMABLE. Mi permanencia en ese sitio y á tales horas. Yo se lo explicaré á usted. Estoy ciegamente enamorado de su sobrina. Tuve noticias de su proyectado enlace con el señor de Bandolina, y para deshacerlo con más seguridad y lograr mi deseo, he saltado sobre las conveniencias sociales y sobre ese balcon.

BRUNO. Pero...

AMABLE. Yo, señora, estoy pronto á repararlo todo y á sacrificarme. Así, pues, tengo el honor de ofrecer á usted mi corazon y mi mano.

BRUNO. Pero ¿qué diablos de charada es esta? Se está usted burlando de mí?

ADELA. Si me hubiera usted amado, como dice, no tenía necesidad de haber entrado en mi casa como una tromba.

BRUNO. Pero si yo cerré la puerta por fuera... cómo...

ADELA. Es que hay trombas que entran por los balcones...

AMABLE. Lo mismo que los amantes.

BRUNO. Eh?

ADELA. Poco á poco, caballero. Usted mismo ha dicho que amaba á otra mujer.

AMABLE. No, que *he*, que *he* amado. No cambie usted el tiempo.

ADELA. Sí; pero venía usted de casa de esa mujer.

AMABLE. De recoger mis cartas; ya se lo he dicho á usted.

BRUNO. Cómo! Y amando á otra ha tenido usted el capricho... quiero decir, el atrevimiento...

AMABLE. Para convencerles vean ustedes las cartas de que hablo y verán si soy sincero. (Da una carta á Adela y otra á Don

Bruno.)

BRUNO. Pues señor, sigo sin comprender una palabra. (Adela y D. Bruno leen las cartas.)

ADELA Qué veo! (Leyendo.) «Sabes que te quiere con todo su corazon...»

BRUNO. «Tu chacho...» (Leyendo tambien.)

BRUNO y ADELA. «Isidoro Bandolina.»

ADELA. Muy bien.

BRUNO. Monstruo! Infame!

AMABLE. Já! já! já! En vez de darme mis cartas me ha dado las del otro. Tiene gracia el cambio!

BRUNO. Mire usted... mire usted el chacho... (Con la carta en la mano.) Quiero decir, el mosquita muerta!

ADELA. Ese era el afan de la señora de Membrillo por deshacerse de Bandolina. Eh? Yo me vengaré. Tio, Bandolina puede casarse con quien guste; yo me caso con el señor de Figueroa.

AMABLE. Conmigo? Divina! Celestial! (La da un beso en la mano.)

ADELA. Caballero!

BRUNO. Hombre, que estoy yo delante!...

AMABLE. Dispensen ustedes... pero la emocion...

BRUNO. Señor don Amable Figueroa, tengo el disgusto... (Con gravedad cómica.) quiero decir, el honor de concederle á usted el segundo turno. (Si Adela enviuda y Bandolina se enmienda, Bandolina llenará el tercer turno.

AMABLE. Creo que ya no tendrán ustedes necesidad de ir á Aranjuez.

BRUNO. Iremos, sí; pero á celebrar vuestro matrimonio. (Se oye llover.)

ADELA. Jesús! Cómo llueve!

BRUNO. Eso no importa; tomando un coche...

VOZ. (Dentro.) Achist! (Los tres se miran, y despues de una pequeña pausa dice Amable.)

LOS TRES. Eh?

AMABLE. Pues ahora no he sido yo. (Adela sube al balcon y echa á reir.)

ADELA. Já! já! já! Vean ustedes, vean ustedes.

BRUNO. Qué es eso? (Subiendo.)
AMABLE. Á ver!...
BRUNO. Já! já! Bandolina encerrado en el balcon de la cocina.
AMABLE. (Vamos! Este es el que entró cuando yo me escondí. ¿Quién habrá llamado ahora?)
BRUNO. Bonito se está poniendo. Já! já!
ADELA. Ya nos ha visto.
AMABLE. (No, pues aquí no entra.) (Cerrando los cristales del balcon.)
ADELA y BRUNO. Qué hace usted?
AMABLE. Cerrar para que no entre... el agua.
BRUNO. Comprendo! Já! já! Van á tener que sacarle con ganchos. Ahí está. (Aparece Isidoro detrás de los cristales del balcon, vestido de frac, sombrero de copa y empieza á llamar con fuerza en los cristales.)
AMABLE. Sí, llama, llama!... (Coge el abrigo y velo de Adela y se lo pone.) El abrigo, Adela. (Coge el sombrero de Adela.) Querido tio!
BRUNO. Já! já! Ya me llama tio!
AMABLE. Como me figuro que el viaje á Aranjuez, ya es inútil, corro á arreglar lo necesario para nuestra boda y esta tarde se firmará el contrato.
BRUNO. Pero y ese?
AMABLE. Ese? Ese se queda ahí. Adios, querida Adela! Señor don Bruno... (Se va á marchar y vuelve á bajar dirigiéndose al público.) Ah!

Como para nuestra union
testigos necesitamos,
la ocasion aprovechamos
de hacerte esta peticion.
Préstanos tu mediacion,
haznos esta caridad;
y ya que por tu bondad
te muestras leal amigo,
aplaude y serás testigo
de nuestra felicidad.

FIN DEL JUGUETE.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
El domador de fieras..................	1	D. J Campo Arana (*Mitad*).	L.
El lucero del alba....................	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios........................	1	Manuel Nieto.......	M.
La pecadora, cancion..................	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero........	L. y M.
Nos matamos...........................	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
Sonó la flauta........................	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
Espiridion en Vulcano.................	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
La clave..............................	2	Campo Arana (*Mitad*)	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.— Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.